

## From Father's Desk... Del Escritorio del Padre...

Several years ago, I knew a priest who hated the season of Lent. He did not believe that the Church should have a penitential season such as Lent and penitential practices because, as he put it ([mis]quoting St. John Paul II), "We are an Easter people and 'Alleluia' is our song." As well intentioned as Father was—he was wrong. The Church—especially in her earliest days—has always taught and practiced the importance of penance for the Christian life. But what about today? What part does penance have in the lives of Catholics today and how can we reconcile that with the necessity of proclaiming the joy of the Gospel?

The *Catechism of the Catholic Church* reminds us that: "Jesus' call to conversion and penance, like that of the prophets before him, does not aim first at outward works, 'sackcloth and ashes,' fasting and mortification, but at the *conversion of the heart, interior conversion*" (par. 1430). We have constant examples of Jesus reproaching the hypocrisy of the Pharisees and Scribes who practiced these external manifestations of penance but lacked the interior dispositions. However, the *Catechism* continues, "interior conversion urges expression in visible signs, gestures and works of penance" (par. 1430). And so, the Church allots time each year for the faithful to express their conversion outwardly. But why is this outward expression not merely, a good idea, but a necessity?

As human beings, we are a marvelous union body and soul—the physical and spiritual are so interwoven in our persons that one is always influenced and influences the other. Think about it. Is it easy to pray or be at peace when you are physically ill? And when you are happy and at peace, does your face not show it? The body often manifests the hidden state of the soul and the soul is often influenced by what the body is experiencing. It is precisely for this reason that, not only does interior conversion manifest itself in exterior penances, but it also depends on external penances to produce internal effects.

The Church reminds us that although interior repentance is "a radical reorientation of our whole life, a return, a conversion to God with all our heart, an end of sin, a turning away from evil, with repugnance toward the evil actions we have committed" it nevertheless "entails the desire and resolution to change one's life, with hope in God's mercy and trust in the help of his grace...[which] is accompanied by a salutary pain and sadness which the Fathers called *animi cruciatus* (affliction of spirit) and *compunctio cordis* (repentance of heart)" (CCC 1431). And so, we give up certain legitimate pleasures and joys, we sacrifice and perform difficult tasks in order to mortify ("die") to our attachments to exterior and creature comforts and be more attune to and live for the ones that eternally endure.

So what part does penance play for a people proclaiming the joy of the Gospel? Very simple: The Good News of Jesus Christ is the eternal life He promises us and the Kingdom of justice, love, and peace He wishes to establish in our hearts so that we can enjoy it with Him forever in eternity. This eternal Gospel is really what we can offer others and it is indeed a joyful message! But unless we can learn to detach ourselves from the good things of this world which are fleeting and prone to corrosion, all that we will be able to offer others will be as transient as the pleasures and enjoyments we often end up worshipping.

Hace varios años, conocí a un sacerdote que odiaba el tiempo de Cuaresma. No creía que la Iglesia debiera tener un tiempo penitencial como la Cuaresma y las prácticas penitenciales porque, como él mismo lo expresó ([mal] citando a San Juan Pablo II), "Somos un pueblo pascual y 'Aleluia' es nuestro canto." Tan bien intencionado como lo era el padre, estaba equivocado. La Iglesia, especialmente en sus primeros días, siempre ha enseñado y practicado la importancia de la penitencia para la vida cristiana. Pero ¿y hoy? ¿Qué papel tiene la penitencia en la vida de los Católicos de hoy y cómo podemos reconciliarlo con la necesidad de proclamar la alegría del Evangelio?

El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos recuerda que: "La llamada de Jesús a la conversión y a la penitencia, como la de los profetas antes que él, no apunta primero a las obras exteriores, 'cilicio y ceniza', ayuno y mortificación, sino a la conversión de el corazón, conversión interior"(párr. 1430). Tenemos constantes ejemplos de Jesús reprochando la hipocresía de los fariseos y escribas que practicaban estas manifestaciones externas de penitencia pero carecían de las disposiciones interiores. Sin embargo, prosigue el *Catecismo*, "la conversión interior insta a la expresión en signos visibles, gestos y obras de penitencia" (párr. 1430). Y así, la Iglesia asigna tiempo cada año para que los fieles expresen su conversión exteriormente. Pero, ¿por qué esta expresión externa no es simplemente una buena idea, sino una necesidad?

Como seres humanos, somos una maravillosa unión de cuerpo y alma; lo físico y lo espiritual están tan entrelazados en nuestras personas que uno siempre está influenciado e influye a el otro. Piénsalo. ¿Es fácil orar o estar en paz cuando estás físicamente enfermo? Y cuando estás feliz y en paz, ¿tu rostro no lo muestra? El cuerpo a menudo manifiesta el estado oculto del alma y el alma a menudo se ve influenciada por lo que está experimentando el cuerpo. Es precisamente por eso que la conversión interior no sólo se manifiesta en penitencias exteriores, sino que también depende de penitencias externas para producir efectos internos.

La Iglesia nos recuerda que aunque el arrepentimiento interior es "una reorientación radical de toda nuestra vida, un retorno, una conversión a Dios con todo el corazón, un fin del pecado, un alejamiento del mal, con repugnancia hacia las malas acciones que hemos cometido". Sin embargo "implica el deseo y la resolución de cambiar la vida, con la esperanza en la misericordia de Dios y la confianza en la ayuda de su gracia... [que] va acompañada de un dolor y una tristeza saludables que los Padres llamaron *animi cruciatus* (aflicción de espíritu) y *compunctio cordis* (arrepentimiento de corazón)" (CIC 1431). Y así, renunciamos a ciertos placeres y alegrías legítimas, sacrificamos y realizamos tareas difíciles para mortificar ("morir") nuestros apegos a las comodidades exteriores y a las criaturas y estar más en sintonía y vivir para aquellas que perduran eternamente.

Entonces, ¿qué papel juega la penitencia para un pueblo que proclama la alegría del Evangelio? Muy simple: La Buena Nueva de Jesucristo es la vida eterna que Él nos promete y el Reino de justicia, amor y paz que Él desea establecer en nuestros corazones para que podamos disfrutarlo con Él para siempre en la eternidad. Este Evangelio eterno es realmente lo que podemos ofrecer a los demás y, de hecho, es un mensaje alegre. Pero a menos que podamos aprender a desapegarnos de las cosas buenas de este mundo que son fugaces y propensas a la corrosión, todo lo que seremos capaces de ofrecer a los demás será tan pasajero como los placeres y gozos que a menudo terminamos adorando.